

Séverine Auffret

# LA GRAN HISTORIA DEL FEMINISMO

DE LA ANTIGÜEDAD A NUESTROS DÍAS

*Traducción del francés*

SILVIA KOT

la esfera  de los libros

# ÍNDICE

<i>Prefacio. La mujer es el futuro de la mujer,</i> por Michel Onfray .....	9
GÉNESIS .....	17

## PARTE I ARQUEOLOGÍA Y PROBLEMÁTICAS DE LAS IDEAS FEMINISTAS

1. ARQUEOLOGÍA .....	27
2. PROBLEMÁTICAS DEL RENACIMIENTO EUROPEO AL FINAL DEL ANTIGUO RÉGIMEN .....	188

## PARTE II DE LAS REVOLUCIONES ANTIMONÁRQUICAS A NUESTROS DÍAS

3. EL FEMINISMO HISTÓRICO: DE LAS REVOLUCIONES ANTIMONÁRQUICAS A 1968 .....	297
4. HISTORIA DEL FEMINISMO EN EL MUNDO A PARTIR DE 1968 .....	398

<i>Conclusión. Por un existencialismo culturalista de la diferencia sexuada: un feminismo afirmativo y hospitalario .....</i>	479
<i>Agradecimientos .....</i>	485
<i>Notas .....</i>	487
<i>Bibliografía .....</i>	505

## PREFACIO

# LA MUJER ES EL FUTURO DE LA MUJER

«Decídanse a dejar de servir y serán libres».

*Para Catherine Dehée*

Simone de Beauvoir, recordémoslo, no era feminista. Al menos cuando escribió y publicó *El segundo sexo*, un libro que muchos citan sin haber leído. No hace falta avanzar demasiado en ese grueso volumen de casi 1.000 páginas, ya que las primeras cinco líneas del libro dicen: «He dudado durante mucho tiempo en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres, y no es nuevo. La disputa sobre el feminismo hizo correr bastante tinta y ahora está prácticamente cerrada: no hablemos más de ello»...

¿Qué nos dicen estas líneas? Que De Beauvoir no escribe *las* mujeres sino *la* mujer. Algunas feministas mundanas la acusarían hoy por esencializar: sería llevada a la hoguera por misógina y falócrata. Luego dice que ese tema es irritante y no es nuevo: que la «disputa sobre el feminismo» está superada, que el debate está cerrado... Hoy se encarnizarían contra sus restos...

Sobre todo, porque agrava su caso cuando escribe, más adelante, al referirse a «los argumentos de las feministas: a menudo el aspecto polémico les quita valor». Cuando hay disputa, no se razona bien, añade. Y tiene razón, justamente ella, que, junto con Sartre, tantas veces buscó la disputa con sus interlocutores sobre tantos temas...

De Beauvoir sigue diciendo: «Ya no somos combatientes, como nuestras antepasadas: en líneas generales, hemos ganado la partida». Dice que en su generación, la feminidad nunca fue vivida «como una molestia

o un obstáculo»... ¿De Beauvoir machista? No: supone que ser mujer, plenamente mujer, verdaderamente mujer, poderosamente mujer, es suficiente, y que no se necesita el feminismo. La mujer es un hombre como los demás: su verdad es el existencialismo, no el feminismo.

De Beauvoir se pregunta si la mujer existe, incluso si las mujeres existen. ¿Qué relación hay entre la hembra, un género anatómico y fisiológico, y la mujer? No existe lo femenino, nos dice, sino que hay mujeres. Dicho de otro modo: no hay esencia sino existencias. Aquí aparece la existencialista, para quien la existencia precede a la esencia.

Sin embargo, la filósofa admite que existe una diferencia de sexos y que habría que estar mentalmente trastornado para negarlo. Pero esa clase de trastorno existe, y hasta prolifera. Escribe: «Está claro que ninguna mujer puede pretender, sin mala fe, situarse más allá de su sexo». Existen mujeres de mala fe. Y hasta escriben libros de mala fe.

De Beauvoir plantea la pregunta: «¿Qué es una mujer?». Más adelante responde: «Son mujeres por su estructura fisiológica». ¿Hay que quemar a Simone de Beauvoir por haber enunciado esa evidencia? Por supuesto que no: no es mi estilo promover autos de fe. No hay que quemarla: *hay que leerla*.

Los que no la leyeron conocen su «No se nace mujer: se llega a serlo»: una frase que permite las interpretaciones más fantasiosas. Algunos leen solo la mitad: «No se nace mujer». Olvidan la otra mitad: «Se llega a serlo». ¿Y cómo se llega a serlo? No queriendo serlo, sino siendo lo que se debe.

De lo contrario, no se harían largas disquisiciones sobre el tema «destino», que se refieren al cuerpo sexual y sexuado de las mujeres, a su anatomía: los ovarios, la vagina, los óvulos, la menstruación, que es el momento en el cual «el cuerpo de la mujer deja instalarse en ella a la especie», la gestación, el parto, el amamantamiento, la biología, las hormonas, el soma, la menopausia, y luego el advenimiento de un «tercer sexo».

Ese destino no es «nada», pero tampoco es «todo». Sin embargo, el neofeminismo contemporáneo considera que es nada, y que es una nada tan pequeña... ¡que es necesario desembarazarse de ella en todo! Claro que para desembarazarse de algo, hay que tenerlo.

De Beauvoir articula ese Destino con la Historia. Es el sentido del existencialismo, que afirma que la existencia de las mujeres precede a su

esencia. Pero esa existencia es una biología que hay que transformar en un antidesino. Hay que quererse mujer contra el destino natural. Pero hay que quererse mujer, no posmujer o no-mujer.

De Beauvoir analiza la historia de toda la humanidad bajo todas las latitudes y en todas las épocas. En *El segundo sexo*, efectúa una distorsión autobiográfica según el principio expresado por Nietzsche en *La gaya ciencia*, en el sentido de que un pensamiento es siempre la autobiografía de su autor: odio a la procreación, monstruosidad de la aparición de los senos, olor a pantano de la menstruación, angustia de la penetración, equiparación del acto sexual con la perforación, miedo a ser violada, circunstancias particulares del onanismo, desprecio del maquillaje. De Beauvoir nos cuenta su desprecio por el cuerpo y la carne: un desprecio muy cristiano.

Su encuentro sexual con Nelson Algren le hará descubrir el placer sexual que al parecer desconocía. Su correspondencia amorosa con el escritor muestra a la autora de *El segundo sexo* deseosa de hacer pequeñas tareas del hogar, de decir ridículas palabras de amor, etc.

Más tarde se descubrirá que la verdad existencial de Simone de Beauvoir fue la homosexualidad.

De modo que todo gran fresco histórico y filosófico efectuado por un autor es su confesión autobiográfica. Con este libro, Séverine Auffret no escapa a la regla. Casada con un delicioso cirujano libanés que fue mi amigo y que lamentablemente ha fallecido, madre de dos hijas, abuela feliz, filósofa, arabista que vivió en Medio Oriente, propone su lectura personal de la cuestión de las mujeres en esta monumental obra que, sin duda, hacía falta.

Hoy, cuando hay mujeres que reivindican el feminismo para justificar el uso del velo islámico —que es claramente un signo de sumisión al régimen patriarcal—, para legitimar la prostitución —que es la objetivación del cuerpo de las mujeres transformadas en mercancías que se alquilan para goces egocéntricos—, para justificar la gestación para otros —que es una servidumbre semejante a alquilar la vagina para relaciones sexuales—, para abolir la diferencia natural de los sexos en favor de la construcción de una quimera inaugural del reinado del transhumanismo libertario, necesitábamos esta suma para comprender cómo llegamos a esto.

Séverine Auffret despliega ante nuestros ojos este inmenso fresco de la gesta de las mujeres: lo que fueron, lo que hicieron, lo que dijeron, lo que escribieron, lo que soportaron, lo que lucharon bajo todos los cielos, en todas las épocas, desde la Grecia helenística hasta la actualidad. Se trata de una *enciclopedia de las ideas femeninas*, digamos desde Eva hasta Séverine Auffret, pasando por algunas parientas, entre ellas, Juana de Arco.

Es evidentemente una considerable y exhaustiva suma que constituye un documento de trabajo y de reflexión en favor de un nuevo feminismo. Al trabajo arqueológico de Séverine Auffret se agrega, en efecto, una invitación a no quedarse inmóvil y escribir la siguiente página, y luego el próximo capítulo.

En primer lugar, para hacerlo, hay que analizar el caso de Beauvoir. Séverine Auffret cuenta su visita a la autora de *El segundo sexo*, en 1965, cuando ella era una joven estudiante. Alaba la disponibilidad y la generosidad de una mujer que recibió a una muchacha joven, leyó su texto y se lo devolvió anotado, con la perspectiva de editarlo.

Luego, Séverine Auffret analiza sus tesis, porque hay que considerar las cosas a partir de Simone de Beauvoir, que fue hecha por el feminismo, pero que no hizo el feminismo (Auffret cuenta, a propósito de esto, que ella misma no era feminista en el momento de *El segundo sexo*, pero llegó a serlo... veinte años después).

Para Auffret, De Beauvoir tuvo una vida feminista, porque era libre y no tenía prejuicios, pero no fue feminista. Basta leer, como dije, sus ataques sistemáticos al feminismo, diciendo que estaba pasado de moda. Para ella, la cuestión de las mujeres se resolvería con la revolución socialista, que aboliría la desigualdad y realizaría la igualdad perfecta. Por lo tanto, sus ideas eran más marxistas que feministas.

Si *El segundo sexo* no es un libro feminista, ¿qué es? Un libro sartriano. ¡Pero Sartre estaba lejos de ser feminista! En esta pareja con amores contingentes, su amor necesario le propuso un día a De Beauvoir que escribiera sobre las mujeres, porque era mujer, y, si se me permite un rasgo de humor, no diré que ella aceptó porque era mujer... pero de hecho, aceptó.

El libro fue un éxito editorial. Ella no había nacido como una mujer de letras: se convirtió en una mujer de letras, y en forma internacional. Pero bajo el signo del escándalo, del oprobrio, del insulto, del desprecio,

del odio, de la calumnia: los puritanismos cristianos y marxistas, católicos y comunistas, burgueses y proletarios cantaron al unísono.

Séverine Auffret resume el libro: negación de la existencia de una naturaleza femenina; afirmación de que lo femenino es una construcción histórica, construcción de las mujeres por el Otro que es el hombre (ella es, en primer lugar, para los otros); la relación entre los hombres y las mujeres corresponde entonces a la lucha entre amos y esclavos; interrogante sin respuesta sobre el hecho de que siempre es el varón el vencedor del combate: ¿por qué?, pregunta, sin dar la respuesta; asimilación del cuerpo masculino con lo activo y la transcendencia, y del cuerpo femenino con lo pasivo y la inmanencia.

Séverine Auffret ofrece la respuesta simple y justa a la pregunta simple que De Beauvoir no resuelve. Esto es normal, porque de lo contrario, su tesis se derrumbaría: si existe dominación masculina al final del combate que enfrenta a los varones, activos (!), y las mujeres, pasivas (!), es sencillamente por la fuerza física natural de aquellos. Por lo tanto, la naturaleza es la que constituye la diferencia entre los sexos y funda la desigualdad que se instala, y no la cultura. Entonces, se nace mujer, no se llega a serlo... Esta respuesta no entra en los presupuestos ideológicos del existencialismo: por eso, Beauvoir no dice nada al respecto.

Del mismo modo, ¿por qué consideraría el hombre su Otro a la mujer y no a otro hombre? Siempre la misma respuesta: porque existe ya naturalmente una diferencia sexual y sexuada. Esta es entonces una nueva oportunidad de decir: se nace mujer, no se llega a serlo...

De Beauvoir aborda luego la cuestión de la Historia, en las categorías sartrianas heredadas de Hegel. La Historia triunfa sobre el Espíritu otorgándole la superioridad al que da la muerte, el hombre, y no a la que da la vida, la mujer. Puesto que así se desarrolla la Historia, la mujer debe doblar la rodilla frente a esa necesidad: es necesario para que la Razón supere al Instinto, la Trascendencia a la Inmanencia, la Técnica a la Magia... ¡Esta clase de feminismo es muy desconcertante!

De Beauvoir postula que la mujer está del lado de la pasividad, la inmanencia, la vida y el instinto, y el hombre, del lado de la actividad, la trascendencia, la muerte y la razón. No se podrían reintroducir más lugares comunes falocráticos en un análisis presentado como feminista.



Por lo tanto, si la mujer quiere obtener una igualdad con el hombre, deberá negarse a sí misma como mujer, matar la naturaleza en ella, para convertirse en actividad, trascendencia, muerte y razón. La mujer conseguirá la igualdad con los hombres convirtiéndose en un hombre.

Para hacerlo, hay que terminar con lo que constituye la especificidad femenina: la maternidad. Hay que destruir todo lo que muestre un sometimiento del cuerpo femenino a la naturaleza: engendrar, parir, amamantar, reproducirse, garantizar la vida y la supervivencia de la especie.

A continuación, De Beauvoir destruye: la lesbiana (que ella fue con sus alumnas: esto le valió ser expulsada por Vichy, aunque adujo actos de resistencia), la enamorada (que fue por lo menos con Nelson Algren, pero también con Bost o Lanzmann), la mística (que fue en su juventud y durante bastante tiempo), la madre (que fue al adoptar a una pareja sexual).

Séverine Auffret señala con precisión que *El segundo sexo* está impregnado de misoginia; afirma que la compañera de Sartre esencializa a las mujeres; que reduce a «las mujeres» a sus incapacidades, a sus «hándicaps», a sus callejones sin salida y a su sentimiento de culpa: algo hasta entonces rigurosamente ausente del feminismo. ¡Simone de Beauvoir parece darle la razón a esa plegaria de los hombres judíos que le agradecen a Dios todos los días por haberlos «hecho hombres»!

De modo que existe un *mito* de *El segundo sexo*. Ese libro no es lo que se dice que es. Por otra parte, tampoco dice lo que se dice que dice. Y pocas veces se dice lo que dice: Séverine Auffret lo hace en este libro.

Pero ¿cómo se constituyó ese mito? Nuestra autora ofrece algunas explicaciones: un efecto de moda en una posguerra en busca de sentido; una pasión por el modo de vida «juerguista y frenético» de Saint-Germain-des-Prés; una atracción por Sartre, convertido en ícono del pensamiento, y por la pareja libre que formaba con De Beauvoir en un París de tarjeta postal fotografiada por Doisneau; una fascinación por el éxito obtenido en Estados Unidos, el país que se convirtió en árbitro de las elegancias a partir de la Liberación. Pero también la revolución radical que se produjo al llamar por su nombre a las cosas del cuerpo, del sexo, de la anatomía, de la sexualidad (clítoris, vagina, vulva, lesbiana) fuera de las publicaciones especializadas; la instalación en el centro de la reflexión sobre la cuestión del cuerpo, lo que quedaba en esos tiempos nihilistas de la posguerra. Me gustaría mencionar también la creación de una filo-

sofía que les hablaba a las mujeres y a los varones de su vida cotidiana: la pubertad y la adolescencia, el matrimonio y la procreación, la sexualidad conyugal y las aventuras adúlteras, etc.

Séverine Auffret sostiene que *El segundo sexo* representó un momento de ruptura en la historia de las ideas feministas. Tiene mucha razón. Ese libro abrió el camino para lo que vino después: el Mayo del 68 y el MLF (Movimiento de Liberación de las Mujeres) de la década de 1970, la fractura entre universalistas y diferencialistas, la radicalidad lesbiana, la cuestión de la paridad, la legalización de la anticoncepción y del aborto, el devenir técnico de la maternidad con lo que permiten las biotecnologías, la cuestión de la prostitución y de la pornografía, el estatus de las mujeres en los suburbios. Dicho de otro modo, nuestro tiempo, nuestra época.

Sobre la cuestión del género, Séverine Auffret advierte con razón que en un momento en que lo femenino ha avanzado tanto, esa teoría que pretende borrarlo parece muy paradójica. ¡En la actualidad, definirse como varón o mujer, llamarse heterosexual, pueden considerarse señales de estrechez mental, incluso como la señal de una «complicidad político-policia con un sistema opresor»! Como si, para terminar con la guerra de los sexos, hubiera que exterminar a uno de los dos en vez de buscar las condiciones de la paz.

Este libro termina con una especie de manifiesto por «Un existencialismo culturalista de la diferencia sexuada», subtulado «Un feminismo afirmativo y hospitalario». Se trata de la propuesta de futuro de nuestra filósofa. ¿Cuál es?

Recusa dos extremos que son dos extremismos: un esencialismo puro que anclaría a cada sexo estrictamente a su mundo (los varones son de Marte, las mujeres son de Venus), y el culturalismo según el cual no habría ni varones ni mujeres, sino solo construcciones culturales. De un lado, todo naturaleza, y del otro lado, todo cultura. Aquí, el triunfo de las hormonas que tanto le gusta a la derecha; allá, el poder supremo de la Idea que le encanta a la izquierda.

Digamos esta verdad de Perogrullo: nacemos varón o mujer de una manera anatómicamente visible y, salvo casos clínicos, irrefutable. Esa

diferencia, nos dice Séverine Auffret, no es de naturaleza sino de nacimiento.

Su feminismo se basa en un igualitarismo alegre, jubiloso, hedonista y, digámoslo en una sola palabra, libertario: partidario de las libertades, de todas las libertades. Se trata de construir un mundo en el que resolver las tensiones no se base en la destrucción de una de las dos fuerzas o el sometimiento de una de ellas, sino en lo que permite la armonía en el contrapunto. Una variación sobre el tema de un andrógino reconciliado con su mitad encontrada, independientemente de su sexo, su género, su color, su edad, su religión, su estatus social, etc. Por cuerpos realmente gloriosos.

MICHEL ONFRAY

## GÉNESIS

Mujeres que se visten o se desnudan a voluntad sin obedecer a ninguna imposición política o religiosa, que van y vienen por las rutas y las calles, que son con total legalidad solteras, casadas, viudas o divorciadas, heterosexuales, homosexuales, bisexuales o transgénero, madres o no, instruidas en todas las formas de la cultura, que disponen de un ingreso igual al de los varones en todos los niveles de empleo, que practican una sexualidad libre y protegida de los riesgos de embarazos no deseados, que acceden a puestos de responsabilidad social y política: esa sería la «utopía del feminismo».

Esta utopía se ha realizado en algunos lugares, pero no siempre saboreamos suficientemente el hecho de que sea factible: aquí, allá, ante nuestros ojos, muy cerca.

Frente a la ecuación contraria que prevalece en la mayor parte del mundo: vestimenta obligatoria, matrimonio forzado, sexualidad regulada, violación y ablación, instrucción prohibida, trabajo denegado, no asalariado o reducido, fecundidad impuesta, anticoncepción y aborto condenados, promoción social y política recusada, pensamiento censurado.

El feminismo, esa novedad surgida de un abismo inmemorial y casi universal, ¿cómo pudo nacer, pensarse, instituirse, legalizarse, expresarse, batallar?

Ante todo, filosóficamente esto nos tiene que asombrar.

Antes del advenimiento del feminismo histórico desarrollado en Occidente desde principios del siglo XIX, y luego en todo el mundo, las ideas feministas constituyeron siempre una réplica a las ideas misóginas. Se trata de inscribir la memoria de esas ideas que han formado la base del feminismo, de encontrar su ritmo y buscar su razón de ser descubriendo en ellas eventuales correlaciones o causalidades. Esta perspectiva se opone a la idea admitida desde hace mucho tiempo en Francia a partir de Simone de Beauvoir, según la cual la misoginia se explicaría por una presunta estabilidad de la psiquis masculina. «Eternamente», el «primer sexo» habría considerado al «segundo sexo» su «Otro»: una idea que vuelve problemática, y hasta lógicamente imposible, la aparición de otras formas de relaciones preconizadas o practicadas por el feminismo.

Las ideas feministas no son el feminismo, un movimiento político que apareció en la escena social en una época concreta: el siglo XIX europeo, luego occidental y finalmente mundial. El concepto y la palabra se inventaron al mismo tiempo que el hecho. Sin embargo, desde la más alta Antigüedad que podemos estudiar, un discurso acompañado por actos se opuso al discurso misógino dominante y a sus prácticas para impugnarlos. Ese discurso poco frecuente, que sufrió una mala conservación o agresiones intencionales, reducido a menudo al estado de fragmentos, impone un método «arqueológico»: exhumar, descifrar, interpretar.

Las ideas misóginas son el objeto de una construcción elaborada en diversos terrenos: político, jurídico, filosófico, teológico, poético, estético, literario. Cada uno de los discursos oye y conoce al otro y le responde, formulando una problemática y desarrollando una argumentación. Esto desmiente la creencia de que las ideas misóginas serían en cierto modo «normales», y hasta ineludibles, en un tipo dado de instituciones, y que el feminismo moderno sería un simple efecto imprevisible de la historia, puro resultado mecánico de diversas transformaciones socioeconómicas.

¿El feminismo es la consecuencia de esa larga historia de las ideas feministas? Esta difícil pregunta requiere una filosofía de la historia que aún hay que producir. Pero no cabe duda de que el feminismo histórico de los últimos tres siglos, como todo movimiento revolucionario, busca sus referencias, sus modelos y sus mitos en un lejano pasado sobre el que se intenta apoyar para legitimarse. No hay un neofeminismo occidental sin referencia a las Amazonas, a Pandora, Lilit, Safo, Aspasia, Hipatia y otras.

También hay que hablar de todas las épocas intermedias. Christine de Pisan basó sus reivindicaciones en las grandes figuras del pasado que habitaban su *Ciudad de las damas*. Marie de Gournay continuó esa serie agregando a Christine. Gabrielle Suchon aumentó su panoplia incluyendo a heroínas judías, romanas y cristianas. André Léo, la comunera, elaboró una memoria de los actos y las obras de las mujeres.

Estos pocos ejemplos no deben hacer creer que las ideas feministas fueron un aporte exclusivo de sujetos-mujeres. Por razones basadas en el modo de instrucción antiguo, hasta el Renacimiento europeo, los discursos y las problemáticas aparecieron con mayor frecuencia bajo plumas masculinas: por eso, he decidido empezar este estudio con la contribución, a mi juicio, bastante desconocida, del dramaturgo Eurípides.

Algunas ideas feministas fueron explícitamente defendidas por Poullain de la Barre, David Hume, Condorcet, John Stuart Mill, Charles Fourier. De manera más implícita y ambigua, por Diderot o Voltaire. A veces, por algunos «espirituales», teólogos o místicos. Pero ¿por qué surgieron estas ideas, que contradecían las costumbres dominantes? ¿Qué factores históricos, geográficos, políticos, culturales y psicológicos las hicieron posibles?

La inserción de estas ideas en una cronología carecería de interés si la naturaleza misma de los documentos no permitiera un primer ordenamiento.

*Desde la Antigüedad greco-romana hasta el final de la Edad Media occidental*, como en otras culturas contemporáneas, esas ideas fueron esporádicas, alusivas o ambiguas, a menudo fragmentarias. Hay que prestarles mucha atención y recurrir a una batería de medios de interpretación. Su estatus varía: discurso, imágenes, mitos, anécdotas, ficciones poéticas, «realidades» históricas. La demarcación entre ellas es tan difusa (parte de mito, de realidad y de ficción con respecto a Safo, Aspasia, Eloísa, Juana de Arco, por ejemplo) que he decidido alinearlas en un mismo plano de existencia, admitiendo que siempre se trata de ideas, pertenecientes a la disciplina filosófica denominada «Historia de las ideas».

*A partir del Renacimiento europeo*, con la imprenta, todo cambió. Muchas mujeres empezaron a escribir y a publicar, tomando como objeto de su reflexión la condición de las mujeres en general y su propia condición polémica de mujeres escritoras. Es el famoso *topos* de «la rueda y

la lira», recurrente durante más de tres siglos. Hasta la drástica entrada de todo Occidente en un nuevo orden político, social y económico, esas ideas se expresaron principalmente en publicaciones de autores aislados y con menos frecuencia en grupos «preciosistas», o en los «salones» de la Ilustración. Las ideas feministas no se reducían forzosamente a la «teoría»: algunas mujeres —y algunos varones— las convirtieron en un nuevo modo de vida a título individual, sin inscribirse en un movimiento. Eso explica, por ejemplo, el aislamiento y el olvido que envuelven la vida y la obra sorprendentes de Gabrielle Suchon.

*En las transformaciones sociales que acompañaron las revoluciones políticas y/o industriales*, las ideas feministas tomaron un giro nuevo: público y colectivo. Las mujeres —y a veces los varones— que las formularon se agrupaban en torno a determinadas publicaciones: diarios, manifiestos, afiches y revistas. Sus reuniones eran reprimidas por las policías y los gobiernos. Generaron un pasaje al acto, habitualmente pacífico, que se encarnó en la manifestación. Desde ese nuevo momento, las ideas y las acciones feministas florecieron más allá de Occidente, en diversas regiones del Medio Oriente, de África y de Asia, en los cinco continentes.

*En los años post-68* irrumpió un neofeminismo insertado en una revolución de costumbres antipatriarcales. Nuevos medios materiales y nuevas legislaciones produjeron en las mujeres una liberación sexual, durante mucho tiempo, diferida gracias a la disociación entre la sexualidad y la procreación. El acceso de las mujeres a los poderes y las acciones políticas se extendió, dinamizado por los nuevos medios de comunicación.

Antes de la ruptura postindustrial, se encuentran pocas ideas feministas en las culturas no occidentales, aun cuando se descubren allí algunos modos de vida que podrían calificarse aproximadamente como «feministas»: algunos matriarcados, organizaciones matrilineales, incluso poliandrias. No hay expresiones textuales de estas formas de vida, muy escasas en el planeta. La investigación de su cultura oral está en proceso. Hay etnógrafos y antropólogos que se dedican a ello.

¿Por qué aparecieron las ideas feministas en una forma textual y racional, fundamentalmente en Occidente? ¿Y qué extensión se le debe dar a este término? Pensemos en un orbe geográfico que incluye a Europa, América y algunos satélites, por ejemplo, Australia, pero también a una parte del Magreb y del Cercano Oriente: regiones que han pro-

ducido una cultura literaria densa y precoz, de forma discursiva y «disputativa». ¿Esas ideas hacen realmente historia? ¿Se trata de un proceso de desarrollo acumulativo, de una génesis que sigue una línea determinada, cierto hilo? ¿O se trata solo de arrebatos aleatorios, apariciones y desapariciones indefinidamente amenazadas de destrucción o de abolición?

Un interrogante grave y serio.

He vivido tres años en un país árabe, el Líbano, entre 1973 y 1976. La guerra civil me expulsó de allí. Aproveché mi estadía para visitar algunos países vecinos: Siria, Jordania, Irak, Irán. La condición de las mujeres, sobre todo en las ciudades —en Beirut, Damasco, Amán, Bagdad y Teherán—, estaba muy avanzada, en constante progreso. Con el correr de los años, he visto su degradación acelerada. ¿Cuáles fueron las causas? ¿La religión? ¿La guerra? ¿Otras? Esta experiencia directa me reveló la fragilidad de la condición femenina y me hizo dudar de la idea de un «progreso» ineludible.

Recuerdo las palabras de una canción del MLE, de aquella época: «Nosotras que no tenemos Historia, las mujeres, somos el Continente Negro». La metáfora «negro» debe servirnos. Los pueblos de África lo saben: solo se tiene historia si se la asume para hacerla vivir y modificar su curso.

Observación «matemática»: con este ritmo de «aceleración de la historia» —varios siglos, cuatro siglos, dos siglos, algunas décadas—, podemos preguntarnos si sobrevendrá un período aún más breve, más denso y más consecuente. Y si tendremos la suerte de verlo. Esta es la suposición optimista.

Otra observación, inversa: ¿la aceleración de esta producción de ideas no anuncia, por el contrario, por un efecto de búmeran, una regresión acelerada según una misma *ratio* matemática? Esta es la suposición pesimista.

Tercera suposición (no sé cómo calificarla): todavía podríamos suponer que el período actual lleve a un futuro en el cual las ideas feministas ya no sean necesarias, porque se habrá abolido definitivamente su base: la relación conflictiva entre los sexos.

Hermosa hipótesis.



En los dos primeros períodos enunciados, solo hablaremos de ideas feministas, no todavía de «feminismo». Esas ideas presentan varios aspectos, vinculados. En primer lugar, un aspecto reactivo: concepción de una situación negativa, perjudicial para las mujeres, denuncia de atentados contra sus «derechos» y su dignidad. Luego, aspectos positivos, o afirmativos: concepción de la mujer y de las mujeres (y de «la mujer de uno») como individuos completos, que disponen libremente de su cuerpo y de su mente, y que participan de pleno derecho en todos los ámbitos de la cultura humana; puesta en práctica de esa concepción: lo que yo llamo «ideas feministas implícitas». Propongo esta definición, más allá de las consideraciones clásicamente «beauvoirianas», limitadas a la idea de un respetuoso acceso a las prerrogativas masculinas, negando las especificidades femeninas.

Las ideas feministas —por ser ideas— implican cierta «filosofía». No es seguro que se conecten sistemáticamente con opciones filosóficas, éticas o políticas definidas. Por ejemplo, las filosofías eudemonistas (que buscan y valorizan la felicidad) o hedonistas (que buscan y valorizan el placer) no son acompañadas siempre ni en todas partes por ideas feministas. En Aristóteles, filósofo eudemonista, se encuentra una parte de hedonismo. Sin embargo, es difícil hallar un parangón de antifeminismo teórico más recalcitrante que este pensador, que excluye desde el principio a las mujeres de la esfera pública, y con más razón, de la política.

En cambio, hay certeza en el aspecto negativo: los grandes momentos de antihedonismo son también los grandes momentos de antifeminismo. El odio y el desprecio al cuerpo atacan en forma prioritaria al cuerpo femenino y todo lo relacionado con él. Los períodos de integristo religioso son, en conjunto, hostiles al placer y hostiles a las mujeres.

Las ideas feministas son parcialmente independientes de los clivajes filosóficos mayores porque ponen en juego datos materiales que escapan a la conciencia, obstaculizando la producción de ideas. Es lógico que sean escasas (aunque aparecen) en sociedades patriarcales estables. Por eso se las encuentra poco en Oriente o en el Extremo Oriente, salvo en la modernidad, cuando surgen, en cierto modo calcadas del modelo occidental. Tampoco se las encuentra, por la razón inversa, en las pocas socie-

dades de tipo matriarcal/matrilocal/matrilineal (algunas regiones del Tíbet, de la India o de China, algunas sociedades rurales europeas, amerindias o africanas descritas por la etnografía). Sin embargo, gracias a los nuevos aportes de la antropología, pueden descubrirse en ellas algunas ideas feministas implícitas.

Las ideas feministas se conectan más con los cambios que afectan a la estructura de la familia en los profundos movimientos históricos, sociales y demográficos. Los griegos de la Antigüedad clásica percibieron ese cambio, relativamente reciente, que había llevado al mundo heleno de un sistema de familia a otro, y que reflejó Esquilo en *Euménides*. Esas ideas florecieron también en los primeros tiempos del cristianismo, en una época de desplazamientos, de choque de civilizaciones: encuentro y movimiento alrededor del Mediterráneo de las culturas griega, judía, egipcia, romana y bárbara, en los confines del mundo galo y del mundo celta. Para que existan ideas feministas, deben moverse las estructuras de la familia y de las relaciones intersexuales.

Es lógico que esas ideas se conecten con las ideas políticas y religiosas que acompañan o reflejan movimientos materiales. Se vinculan más fácilmente con las ideas políticas progresistas y libertarias que con las ideologías reaccionarias o conservadoras. Pero esa relación no es sistemática: algunas grandes obras progresistas fueron acompañadas por ideas misóginas. También se presenta el caso contrario, aunque con menor frecuencia.

Al igual que las prácticas misóginas, las ideas feministas siguen siendo misteriosas: son comprobadas, impugnadas, afirmadas, denunciadas, combatidas, pero no realmente pensadas.